

Enrique Molina

La Primera Conferencia de Cooperación Intelectual ⁽¹⁾



OR encargo de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual vengo a deciros en estos momentos, en que vosotros ya estaréis con un asomo de nostalgia con los ojos vueltos hacia las patrias que os esperan, la palabra cordial de despedida.

Me ha correspondido este alto honor en mi calidad de ser uno de los vice-presidentes de la Comisión, cargo que a su vez desempeño en mi carácter de Rector de la Universidad de Concepción.

• La Comisión en cuyo nombre hablo, ha sentido la innegable satisfacción,—y no creo hacer una interpretación antojadiza al agregar que es una satisfacción compartida por todos los chilenos,—de que a su llamado se hallan congregado en nuestra capital, personalidades literarias, políticas, diplomáticas y universitarias, venidas desde los Estados Unidos del Norte,

(1) Discurso pronunciado en la sesión de clausura de la Primera Conferencia Interamericana de Comisiones de Cooperación Intelectual.

hasta la República Argentina, de casi todos los países del continente. A lo que debo añadir que nuestra Conferencia se ha visto realizada todavía por la presencia de representantes de la Liga de las Naciones y del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París.

Debo reiteraros los agradecimientos de la Comisión Chilena por el sacrificio que os impusisteis de llegar hasta nosotros y por habernos traído los dones preciosos de vuestro talento e ilustración, de vuestro prestigio y buena voluntad.

La Comisión os agradece por lo mismo el éxito de su iniciativa, de esta Conferencia, que es como si hubiéramos puesto el primer jalón de una construcción que, superando los límites de nuestras vidas precarias, la vemos dilatarse en una senda de proyecciones infinitas para el porvenir de los hombres.

Bien sabemos que la cooperación intelectual como fenómeno espontáneo no es por cierto una novedad en la historia. Desde que Pitágoras y Platón fueran a tomar de los egipcios elementos para su filosofía y su ciencia ya se puede apuntar un principio de colaboración. Y este movimiento de dar y tomar, esta fricción para producir la luz, desde aquellos remotos tiempos hasta nuestros días no ha cesado jamás. Pero haber proyectado una forma orgánica para este intercambio de los espíritus sí que es una novedad. Por este motivo la Comisión Chilena se congratula de que, gracias a vuestra valiosa cooperación haya podido, siguien-

do el ejemplo de lo hecho ya en el Viejo Mundo, por instituciones similares después de la Gran Guerra, haya podido llevar a cabo su iniciativa por primera vez en el continente americano con resultados tan prometedores.

La labor realizada ha sido tan vasta, que sería imposible resumirla en esta ocasión ni aún limitándose a los títulos de las materias tratadas. Resoluciones sobre el Estatuto Internacional de los derechos de autor; sobre protección y enseñanza del arte americano y el establecimiento de laboratorios o exposiciones permanentes de este arte; sobre redacción de un Manual de Historia de América expurgado de acritudes nacionalistas y que tienda a fomentar un espíritu de comprensión y armonía entre nuestros pueblos; consideración de todos los factores que son condiciones de la paz en América y particularmente de la fundación de nuevos institutos de cultura para el conocimiento mutuo de las distintas nacionalidades y de comisiones de cooperación intelectual donde no las haya; acuerdos para celebrar las efemérides de los héroes de las letras, de las ciencias y de las luchas cívicas; estudio de la organización de las bibliotecas y mapotecas; valoración de la actitud que corresponda en estos movimientos a periodistas y maestros; recomendaciones muy útiles relativas al canje de revistas y al intercambio de profesores y estudiantes. Estos y algunos otros importantes tópicos nos han ocupado provechosamente en los gratos días que llegan a su término. En las comu-

nicaciones y en los actos de las asambleas ha quedado incorporado vuestro trabajo con el que habéis trazado la flecha encendida de orientaciones para los gobiernos y para la opinión.

Pero, siento que a la cooperación porque hemos trabajado cabe reconocerle un sentido más profundo y más vital. La cooperación intelectual tiene las vibraciones, asciende a creación del espíritu. En esta época en que lo trascendente desaparece de las perspectivas ideológicas, significa el anhelo de salvar de la vorágine por lo menos, lo humano, de establecer la veneración de lo humano por encima de todo proselitismo, de todo partidismo, de todo interés de secta o bandería; y también contra nuestras conveniencias personales y nuestras vanidades. Significa buscar que el lugar dejado vacante por los dioses de todos los olimpos no lo ocupen sólo los bajos instintos de pugna, medro y placer, sino una constelación de valores superiores que se concretan en el amor y respeto a la personalidad humana, cifra de la libertad, investigadora de la verdad, fuente y objeto de la justicia.

El intelectual ejerce por esto un sacerdocio o ministerio inspirado en el concepto de la primacía del espíritu en las relaciones humanas, por el triunfo de cuyas normas e idealidades trabaja, brega y padece.

Se suele decir que las reuniones de intelectuales, o sea sus conferencias o congresos, suelen ser ferias de palabras. En nuestro caso actual la labor indicada en líneas recientes bastaría para desautorizar este aserto

juguetón. Pero, además, cuando la palabra surge de un amor constructivo, de un amor de la entraña, de una esperanza vital, no es un mero ruido inocuo. Es la mensajera alada de las ideas que los grandes poetas, filósofos y reformadores se lanzan como el carrete del telar en que vienen tejiendo la tela de la humanidad. La violencia desgarrá continuamente esta tela aquí y allá. El intelectual, consecuente con la esencia de su naturaleza y de su función social, la condena, tanto dentro de un país, como en las relaciones de un país con otro. En las divergencias, fricciones, litigios, conflictos y choques de intereses que suelen suscitarse entre los hombres, el servidor del espíritu que es el intelectual no reconoce otras armas ni otros medios para solucionarlos que los propios de la razón: el estudio de los problemas en todos sus aspectos y la busca del avenimiento mutuo por medio de la convicción, del pensamiento reflexivo y de su órgano que es la palabra hablada o escrita. Otros procedimientos podrán ser todo lo eficaces que se quiera, según los fines que se persigan, pero jamás serán propios de intelectuales. El intelectual puede, por esto, aparecer a veces, como desarmado e impotente ante la realidad inmediata; pero la vida del espíritu, que en sí no se halla reñida con el éxito, en caso de conflicto entre el éxito del momento y la idea mortal, está por la afirmación de la idea inmortal.

Con la emoción de tal enriquecimiento interior llegamos al fin de las horas de austera cordialidad que

hemos vivido. Al estrecharnos en este abrazo virtual de despedida que entrañan mis palabras, podemos decir que hemos puesto lo mejor del calor en nuestras almas para comprendernos más y querernos más y para mantener y atizar el fuego de la cultura que es la principal esperanza de la América y del mundo.